LUIS MELGAR

La peregrina de Atón

La asombrosa aventura de la hermana olvidada de Nefertiti

la erfera (de lor libror

Libro I Esclavas sagradas

Salve, oh Atón, tú que apareces resplandeciente en el cielo! Salve, tú que has creado toda la vida! Al alzarte sobre el Oriente llenas los países con tu perfección. Cuando ocultas tu faz, el universo se sumerge en las tinieblas y la muerte. Los hombres duermen en sus moradas con la cabeza tapada y ninguno puede ver a su hermano. El mundo yace en silencio, pero tú vives en el País de Occidente. Atón, tú y solo tú gobiernas sobre el Amenti.

Yo, Mutnodjemet, esclava, sacerdotisa, prostituta y reina, te conozco y conozco tu nombre. Aunque durante años haya practicado tu fe en secreto y mis creencias hayan permanecido ocultas para los hombres, nunca dejé de adorarte. Hoy me postro ante ti para pedir clemencia, pues sé que mi muerte está próxima y temo tu veredicto sobre las acciones que he emprendido a lo largo de mi vida.

No cometí iniquidad contra los hombres.

No perpetré pecados en tu morada.

No hice pasar hambre, salvo persiguiendo un bien superior.

No hice daño a nadie y, si lo hice, la intención de mi corazón era pura.

No hice llorar. A propósito, nunca hice llorar a nadie.

No, no maté. Bien sabes que tuve el motivo y la oportunidad, pero elegí no matarlo.

Te suplico, oh Atón, que me permitas entrar en el Reino de Occidente, que me reciban con gritos de alborozo los espíritus bienaventurados y que a su lado me concedan un puesto. Atón, tú que eres al tiempo padre y madre, apiádate de mí y acéptame en la Duat, el país de los muertos, a semejanza de los habitantes de la luz, y permíteme también salir a la luz del día para pasear entre los vivos sobre la tierra, y hacer todo lo que pueda desear.

Te pido que, en tu reino, me concedas reunirme con mi hermana. La que debe ser olvidada. La traidora, la hereje, la usurpadora. La que siempre me protegió y a la que yo no supe salvar de la muerte.

Nefertiti.



Mi hermana y yo hemos tenido tantos nombres que no sé por cuál de todos se nos reconocerá en el más allá. Mucho antes de que en Egipto la bautizaran como Nefertiti, mi hermana se llamaba Henti. Toda mi familia contaba que nació siendo un bebé precioso, ni siquiera se vio amoratada y desfigurada por el parto como tantos recién nacidos. Conservó esa extraordinaria hermosura durante toda su existencia.

En cuanto a mí, al nacer, mis padres me impusieron un nombre de varón debido al miembro que pendía entre mis piernas, aunque desde muy niña di señales de mi auténtica naturaleza. Para empezar, tenía una obsesión absoluta con mi hermana Henti. La admiraba y la adoraba casi como si fuera una diosa. Ella represen-

taba todo lo que yo quería ser: era guapa, elegante, delicada, femenina. Frente a mi pelo negro y fosco, su cabello castaño tenía reflejos cobrizos y, aunque era más bien liso, terminaban en unos bucles que enmarcaban su rostro como la más perfecta obra de arte. Tenía los labios carnosos, la piel dorada y sonrosada y los ojos grandes y separados. Su nariz era recta y fina. Recuerdo, siendo una niña, que a menudo rezaba a los dioses y les pedía que me convirtieran en ella.

Había más indicios. Tenía la costumbre de ponerme en cuclillas para orinar en vez de hacerlo de pie como los otros niños. Odiaba estar desnuda y, cuando por fuerza tenía que quitarme la ropa para lavarme o para ponerme una muda limpia, juntaba mucho las piernas y escondía mi miembro tras ellas para no tener que verlo. Esa parte de mi cuerpo siempre me ha causado profundo desagrado. Cuando salíamos a la calle para jugar yo nunca me unía al grupo de los niños ni disfrutaba dándole patadas a la pelota de madera con que jugaban, sino que me quedaba con Henti y con sus amigas.

Nuestro entretenimiento favorito en aquella época era un juego que llamábamos «la emperatriz de Mitanni». Henti, por supuesto, representaba siempre el papel de gran reina y las demás teníamos que hacer de damas y sirvientas y atenderla en todo lo que nos pedía. Recuerdo que, una tarde, cuando yo tenía cuatro años y Henti seis, una de las niñas mayores de nuestro grupo protestó por el hecho de que yo estuviera con ellas.

- —¡Tu hermano no debería estar con nosotras! Es un niño y tendría que jugar con los otros niños. Si se queda aquí y escucha nuestros secretos, se los contará a los otros muchachos y todos se reirán de nosotras.
- —No es mi hermano, tonta. Es mi hermana. ¿No ves que es una niña?
 - —¡Henti está mintiendo, Henti está mintiendo!

- —Dinos, ¿eres un niño o una niña?
- —¡Eso, que lo diga!

Tuve un momento de confusión. Nunca había pensado en esos términos. Hasta entonces me había limitado a actuar con la naturalidad de la infancia sin reflexionar en lo que ello significaba. Pero al cabo de unos instantes, alcé la cabeza y respondí con orgullo.

- —¡Soy una niña!
- —¿Ah, sí? ¿Y cómo te llamas? Porque las niñas tienen nombre de niña.
 - —Me llamo Iltani —respondí.

Iltani era el nombre de una prima lejana de mi madre, una mujer a la que apenas conocía y que no me inspiraba particular admiración, pero el nombre me vino a mi cabeza como si fuera algo evidente, casi natural.

—Iltani, creo que es hora de que nos vayamos ya a casa —me dijo Henti—. Vamos, hermana.

Desde entonces, el nombre de Iltani me despierta una sensación cálida en el vientre. Me inspira serenidad, me hace sonreír. Mutnodjemet, en cambio, es un nombre severo, altivo, propio de una dama de la corte. Igual que el de Nefertiti. Todo era más sencillo cuando éramos tan solo Henti e Iltani, hermanas inseparables, gemelas del corazón.

Aquella misma tarde, al llegar a casa, aprovechamos que nuestros padres no estaban para deslizarnos en su dormitorio y jugar a ponernos los vestidos de nuestra madre, a calzarnos sus sandalias y a agrandarnos los ojos con kohl. Ambas estábamos tan excitadas con nuestro descubrimiento que necesitábamos escenificarlo de algún modo, hacerlo realidad, demostrarnos a nosotras mismas que estábamos en lo cierto.

Lo que comenzó como un juego terminó por convertirse en una costumbre. Después del incidente con la niña que me acusó de ser un varón, los demás no dejaron de meterse conmigo. Niños y niñas por igual me señalaban con el dedo y me llamaban abominación, monstruo y cosas peores. Henti siempre me defendía y, al final, acabábamos por jugar las dos solas a nuestro juego de la emperatriz, en el cual yo siempre hacía de dama. Cuando regresábamos a casa por la tarde, nos encerrábamos en la habitación para ponernos los vestidos de nuestra madre y maquillarnos con sus pinturas. En una ocasión, cuando llevábamos ya varias lunas con el mismo ritual, mi madre volvió antes de tiempo y nos descubrió en el preciso instante en que Henti me probaba su traje de novia que, aunque me quedaba grande, me había cautivado por la suavidad de la tela y lo fino de los bordados. Se nos quedó mirando sin hablar durante varios instantes antes de lanzar un hondo suspiro y acercarse a nosotras.

- —Henti, por favor, no juegues a disfrazar a tu hermano porque se nos va a amanerar y los otros niños se reirán de él.
- —Mamá, pero yo no estoy disfrazada... —comencé yo a protestar, pero Henti me tapó la boca y terminó por mí.
 - —Lo siento, no volverá a ocurrir.
 - —Eso espero. Con estas cosas no se juega.

Mi madre me quitó el vestido, me lavó la cara para quitarme los restos de kohl y continuó con las tareas del día. Cuando nos quedamos un instante a solas, Henti me susurró al oído:

—Iltani, creo que será mejor que guardemos tu verdadero nombre en secreto. Madre y padre no lo entenderían. Cuando estés conmigo puedes ser como eres, pero cuando estés frente a ellos, actúa como si fueras un niño, ¿de acuerdo?

La idea de poder vestirme y comportarme a mi gusto solo cuando estuviera a solas con ella no me causaba especial ansiedad, más bien el contrario, hacía que todo aquello fuese aún más especial, de modo que acepté. A partir de ese momento tuvimos más cuidado para que nuestros padres no nos descubrieran. Conforme mi hermana se fue haciendo un poco mayor, ya no fue necesario

recurrir a las pinturas ni a los vestidos de mi madre, ya que Henti tenía los suyos propios y era feliz de compartirlos conmigo.

Así pasaron los años, entre emperatrices imaginarias, vestidos demasiado grandes y sandalias que se me salían de los pies, hasta el día en que todo cambió para siempre.

Me pregunto qué hubiera ocurrido si los dioses no hubieran tenido previsto un destino tan diferente para nosotras. Cuál habría sido mi historia si el rey Suppiluliuma de Hatti no le hubiera declarado la guerra a nuestro soberano, Tushratta de Mitanni. Quizá hubiera terminado por contarle a mi madre quién era yo en realidad. Quizá ella hubiese hablado con mi padre y ambos me hubieran aceptado y amado. O quizá no, quizá me hubiesen expulsado de la casa y mi vida hubiera acabado siendo exactamente la misma porque, en definitiva, el destino de hombres y mujeres está previsto por Atón y escrito en las estrellas desde mucho antes de nuestro nacimiento.

El día en que todo cambió yo tenía ya ocho años y Henti, diez. Nuestro padre no estaba en casa. Él era artesano, del tipo que hacen esculturas y grabados y hasta frescos en las paredes. Había salido por trabajo y nuestra madre estaba en casa afanada con la cocina. No nos adornábamos con pulseras de oro ni poseíamos esclavos que nos sirvieran, pero tampoco pasábamos hambre ni penalidad alguna. Teníamos el privilegio de vivir en la capital del reino y nuestra casa contaba con un pequeño patio y un dormitorio separado para Henti y para mí.

Mi hermana y yo jugábamos en nuestra habitación. Sabíamos que mi madre no entraría, así que, como tantas otras veces, yo me había puesto una de sus túnicas, que aún me quedaba un poco grande, y ambas jugábamos a imitar una danza que habíamos visto representar en la plaza unos días atrás.

Primero fue el ruido, como si la casa se desplomara sobre nuestras cabezas. Henti y vo dejamos de reír y detuvimos nuestros juegos. A lo largo de los años he revivido muchas veces este momento en mi memoria, y creo estar segura de que el estruendo lo provocaron los soldados hititas cuando derribaron la puerta y entraron en la casa como langostas, arramplando con todo lo que encontraban. En aquel momento no supe qué ocurría, pero fui lo bastante consciente como para sentir miedo y, al mismo tiempo, obligarme a no llorar.

Tampoco podía toser.

Ni siquiera me atrevía a respirar.

Enseguida empecé a escuchar los gritos. Aullidos de guerra de los hititas, por descontado, pero también algo mucho más desgarrador para mí. Eran los alaridos de dolor de mi madre. Corrí a esconderme entre los jergones de nuestras camas. Henti vino hacia mí, me abrazó y comenzó a susurrar unas palabras apenas inteligibles:

—Shaushka de Nínive, protégenos, no permitas que a mi hermana y a mí nos suceda nada malo.

A pesar del pánico que sentía, en aquel momento sonreí, hasta me olvidé de lo que estaba sucediendo. Solo pensé que Henti se había referido a mí como su hermana.

El instante de felicidad pasó enseguida, cuando volvimos a escuchar a nuestra madre llorar y pedir clemencia. Pensé que íbamos a morir. Los soldados gruñían como animales, jadeaban y gemían mientras los quejidos de mi madre iban perdiendo fuerza hasta que, al fin, se apagaron.

Después se hizo el silencio. Un silencio opresivo, angustioso. Los gritos habían terminado, pero yo aún podía escucharlos como un eco dentro de mi cabeza. Sin moverme de mi escondite, me atreví a entreabrir los ojos. Aunque era pleno día y el sol brillaba alto en el cielo, por las ventanas entraba un brillo anaranjado. Olía a humo y a madera quemada. La boca me sabía a ceniza, a polvo y a sangre. Creo que me había mordido sin darme cuenta.

Miré a mi hermana y ella me hizo un gesto para que esperáramos. Agucé el oído, tratando de averiguar si quedaba alguien en la casa... o quizá esperando que alguien viniera a decirnos que estábamos a salvo, que los invasores se habían ido y ya era seguro salir de nuestro escondite. Esperaba que alguien nos rescatara, pero ese alguien no llegaba. Estábamos solas.

Sentí cómo las lágrimas caían en silencio por mis mejillas. Tomé una bocanada de aire, pero el humo me provocó un acceso de tos. Henti me sujetó los hombros hasta que logré contenerme, después me limpió los ojos y me ayudó a ponerme en pie.

—Vamos —me dijo—. No estamos seguras aquí.

Nos dimos la mano y salimos de la habitación de puntillas, mirando a un lado y a otro como el gato que esquiva al perro guardián. El pequeño patio central, donde teníamos el aljibe para recoger el agua de la lluvia y donde mi padre había plantado dos palmeras y un sicomoro, estaba lleno de muebles destrozados, telas rasgadas, frascos de perfume y peines rotos. Tuve que taparme la boca para no gritar cuando reconocí entre aquel desastre el cuerpo sin vida de mi madre. En aquel momento me negué a admitir que se tratara de ella. Mi madre era alta y hermosa, con el porte distinguido y una apariencia siempre impecable. Supongo que Henti ha heredado de ella su belleza. Sin embargo, la mujer que tenía frente a mí era un amasijo de carne sanguinolenta.

Su rostro destrozado me ha perseguido en mis pesadillas desde entonces. En mi sueño puedo ver lo que le hacen los hititas. Veo cómo le arrancan la ropa a jirones para poder gozar de ella uno tras otro. Mientras un soldado abusa de ella otro la golpea, una y otra vez, uno tras otro, hasta que la dejan inconsciente, con el cuerpo mancillado y los rasgos desfigurados. Planean dejarla morir así, pero uno de ellos, más misericordioso que sus compañeros, pone fin a su vida con un tajo de su espada en el cuello.

Incluso ahora que soy vieja, en ocasiones me despierto húmeda de sudor, en medio de la noche, con ese sueño fresco en la memoria.

Empezó a temblarme la mandíbula. Todo me daba vueltas y la boca se me llenó de saliva. Estaba a punto de vomitar. Solté a mi hermana e hice amago de sentarme en el suelo, pero ella tiró de mí y me zarandeó.

- —¡Iltani! No podemos quedarnos aquí. Cuando los soldados acaben de saquear la ciudad, regresarán para llevarse a los supervivientes como esclavos.
 - —; Mamá…? —gimoteé.
- —¡No llores! Tienes que ser valiente. Vámonos, debemos ponernos a salvo.

Una vez más, mi hermana me tomó de la mano y me condujo al exterior de nuestra casa. Echamos a correr en cuanto cruzamos el umbral de la puerta. Las sandalias de Henti me quedaban grandes y me hacían tropezar, de modo que me detuve un instante para descalzarme. El vestido también me molestaba, pero algo dentro de mí me dijo que no podía quitármelo, que esa túnica de lino era el símbolo de lo que yo era, así que me limité a recogérmelo para seguir corriendo.

Aunque era pleno día, el sol apenas podía distinguirse entre la humareda. Un resplandor rojizo, proveniente de los fuegos que ardían por doquier, le daba a la ciudad un aspecto infernal. Wassukanni está situada en las montañas, así que sus calles están llenas de cuestas. Henti y yo jadeábamos, agotadas, pero no nos soltamos de la mano ni nos permitimos reducir el paso. Llegamos a una estrecha callejuela, con casas de adobe a ambos lados y algunos puestos de frutas y hortalizas derribados, las sandías y los higos rodando por el suelo. Pude ver a algunos soldados que se agitaban encima de mujeres de todas las edades, algunas casi niñas. Uno de ellos levantó la mirada, la clavó en nosotras y comenzó a levantar-

se como si tuviera intención de atraparnos. Yo lancé un grito, Henti me apretó aún más la mano y tiró de mí.

—¡Vamos!

Echamos a correr por el callejón, sorteando soldados medio desnudos y mujeres que pedían ayuda. El hombre que nos había mirado había terminado de incorporarse y corría detrás de nosotras. Continuamos cuesta arriba, sin aliento, haciendo un esfuerzo por controlar la tos, hasta que llegamos ante las puertas de uno de los edificios más conocidos de la ciudad. La fachada pintada de azul y decorada con imágenes de estrellas de ocho puntas y majestuosos leones permanecía inalterada en medio de la destrucción que asolaba la ciudad y la gran puerta de madera, más alta que tres personas subidas las unas encima de las otras, no había sido derribada.

Ni tan siquiera los hititas se habían atrevido a profanar la morada de la gran diosa de la vida y de la muerte, Shaushka de Nínive.

- —¡Abrid! —gritó Henti, precipitándose contra el portón y golpeándolo con los puños—. ¡Pedimos refugio!
- —¿Quién llama? —preguntó una voz de mujer grave, serena y cargada de autoridad—. ¿Quién solicita el amparo de nuestra madre celestial?
 - —Dos jóvenes mitannas. Por favor, dejadnos entrar.

El soldado que nos perseguía estaba a punto de alcanzarnos. Por fortuna, parecía herido en la pierna, por eso no había sido capaz de correr a demasiada velocidad, pero llevaba una espada en la mano y se tocaba el bulto entre las piernas mientras nos dirigía una mueca de burla. Entonces se abrió la puerta del templo y una sacerdotisa de cabello oscuro y rizado, nariz recta y piel pálida apareció tras ella. Iba vestida con una túnica blanca de lino y aparentaba una calma absoluta en medio del caos.

Así conocimos a Tey. Los acontecimientos de aquel día están grabados en mi memoria con mayor viveza que los frescos que

adornan los muros de mi tumba, pero ese instante en concreto permanece aún más claro que los demás. Tey esbozó una sonrisa y abrió los brazos, como si en vez de a dos desconocidas estuviera recibiendo a sus propias hijas.

—Sois bienvenidas.

Henti y yo caminamos hacia ella. Estábamos a punto de entrar en el recinto del templo cuando nuestro perseguidor nos alcanzó y logró agarrarme por el vestido. Mi hermana no me soltó, sino que tiró de mí, intentando liberarme.

- —¡Alto ahí! —dijo el soldado—. ¡Sois mías!
- —¡Hombre impío, aléjate de ellas! Estas niñas están bajo la protección de Shaushka de Nínive. No oses ponerles un solo dedo encima.

El soldado la miró con la boca torcida en una mueca demoníaca. Tenía el rostro enrojecido y respiraba con dificultad.

- —¿Pretendes tomarme por idiota? Tenemos orden de respetar a las esclavas sagradas, no a cualquiera que venga a refugiarse en el templo. Dame lo que es mío o te poseeré también a ti. Las prefiero más jóvenes, pero por ti haría una excepción.
- —Estas niñas son propiedad de la diosa. No puedes tocarlas. Vete y no vuelvas más.

El soldado ignoró las palabras de la sacerdotisa. Continuó tirando de mi túnica hasta que logró rasgarla, dejándome desnuda y vulnerable.

—¡Esto ni siquiera es una niña! Es un varoncito. Un invertido, un afeminado. No le quiero para nada. Quédate a este y dame a su hermana para que se divierta conmigo.

El hombre me soltó y, de un salto, se situó sobre Henti y la inmovilizó. Yo estaba tan avergonzada que me cubrí los genitales con las manos y me dejé caer de rodillas, llorando. Mi hermana luchaba como una fiera salvaje. Le propinaba al soldado patadas y golpes con las manos e intentaba morderlo mientras él se reía a

carcajadas. Tey salió del recinto del templo, agarró al hombre por la espalda y tiró de él hasta echarlo a un lado.

- —Si te mueves, te juro que te arrancaré el miembro con mis propias manos —dijo, con voz grave y firme. Yo tenía la cabeza agachada y los ojos cerrados, pero pude sentir su mirada posada sobre mí—. Y a vosotras vuelvo a preguntaros, ¿quiénes sois? ¿Quién solicita el amparo de nuestra madre celestial?
- —Soy Henti, esclava de Shaushka de Nínive —respondió mi hermana, sin titubear.

—; Y tú?

Tardé unos segundos en asimilar que la pregunta iba dirigida a mí. Con miedo, abrí los ojos y miré a la sacerdotisa.

- —Soy Iltani y también soy esclava de Shaushka.
- —Ya has oído, soldado. Estas niñas son esclavas sagradas y no pueden ser tocadas sin consentimiento de la diosa. Ahora vete de aquí.

Tey nos agarró a cada una de nosotras de una mano y, sin apresurarse, sin perder ni por un instante su calma y majestad, nos condujo al interior de templo. El soldado no había acertado a moverse aún cuando se cerró la puerta con un enorme estruendo.

Yo lloraba, incapaz de controlarme. La sacerdotisa se inclinó ante mí y me contempló con severidad.

—¿Es verdad lo que has dicho? Dime, ¿eres varón o hembra? Es cierto que Shaushka solo ampara a sus esclavas sagradas, pero yo no tengo ningún problema en defender a un niño pequeño de semejante bruto.

Henti todavía temblaba tras su encuentro con el soldado, pero, viendo que el arrebato y la congoja no me permitían hablar, se recompuso y respondió en mi nombre.

—Es una niña, mi señora. —La voz aún le temblaba, pero hizo dos profundas inspiraciones y pareció recuperar el dominio sobre sí

misma—. Nació con verga y testículos como los niños, pero desde que empezó a desenvolverse se comportó siempre como hembra.

Tey sonrió, se inclinó sobre mí y me abrazó.

—Entonces has venido al lugar correcto, pequeña Iltani. Shaushka de Nínive admite bajo su amparo a las que son como tú, mujeres con el cuerpo equivocado. Las llamamos sacerdotisas *gala* y ocupan un lugar prominente entre nosotras. Eso sí, tendrás que consagrarte a la diosa, convertirte en su esclava y servirla por el resto de tu vida. ¿Estás dispuesta?

¿Qué iba yo a saber entonces de lo que implicaba la decisión que estaba a punto de tomar? En aquella época, los dioses y las diosas no me importaban en exceso. Lo único que sabía era que aquella mujer me aceptaba tal y como era, sin necesidad de fingir ni de esconderme. Si me quedaba allí estaría con Henti, mi gemela del corazón. No tuve ninguna duda. Respiré varias veces para acabar de controlar el llanto y respondí con la voz más segura que fui capaz de articular:

- —Sí, mi señora, estoy dispuesta.
- —¿Qué hay de ti? —preguntó, poniéndose en pie para dirigirse a mi hermana—. Eres una muchacha muy valiente, estoy orgullosa de cómo has peleado contra ese asqueroso. Las normas del templo solo me permiten dar refugio a las esclavas sagradas, pero en estas circunstancias, estoy dispuesta a esconderte hasta que sea seguro salir. En lo que a mí respecta, eres libre.
- —Yo me quedo con mi hermana. También seré esclava de Shaushka.
- —Así sea. Mañana prestaréis vuestro juramento de sumisión eterna a la diosa.



Mi hermana y yo pasamos nuestra primera noche en el templo en un jergón a los pies de la cama de Tey.

En aquel momento la casa de la diosa se me antojó un edificio de dimensiones colosales, con infinitas estancias, santuarios, patios y corredores que se distribuían de forma laberíntica. Para mis ojos de niña, aquel era el lugar más grande y más lujoso del mundo. El aire era mucho más fresco que en el exterior y olía a una mezcla de flores e incienso, lo cual me parecía cosa de magia. Lo que más me sobrecogió fue el silencio. A pesar del caos que los hititas habían sembrado en la ciudad, en el templo de Shaushka reinaba el sosiego como si la propia diosa lo protegiera con sus alas. Con los años llegué a llamarlo hogar y a conocer cada uno de sus rincones y vericuetos, pero, aquel día, cuando nos condujeron al área donde se ubicaban los aposentos de las esclavas y sacerdotisas, pensé que jamás sería capaz de orientarme en semejante lugar.

Aquella primera noche no lograba dormir, incapaz de mantener mi mente apartada de lo que había ocurrido. La imagen de mi madre, con el rostro desfigurado y el cuerpo acribillado a machetazos, me perseguía. Me preguntaba también qué habría sido de mi padre.

Cuando la respiración de Tey se hizo rítmica y suave y estuve convencida de que dormía, acerqué mi cuerpo al de Henti y la abracé, poniendo mi boca junto a su oído.

- —Hermana, ¿crees que nuestro padre sigue con vida? ¿No deberíamos intentar encontrarlo antes de comprometernos con Shaushka de por vida?
 - —¿Tú qué quieres hacer, Iltani?
 - —No lo sé. Tengo miedo.
- —Nos quedamos —dijo ella, interrumpiendo mi vacilación—. Este es el único sitio donde podrás ser feliz. Cuando todo esto pase, buscaremos a padre y, si está con vida, le diremos que nos vimos obligadas a buscar refugio en la casa de la diosa.

—; Y qué hay de ti?

Henti se dio la vuelta en el lecho y depositó un beso sobre mi frente.

—La vida de una esclava sagrada no es peor que la de la hija de un artesano. Ahora duerme, hermana. Mañana tenemos que pronunciar nuestros votos ante Shaushka de Nínive.

Lloré mucho antes de caer rendida por el agotamiento. A la mañana siguiente me despertaron los primeros rayos del amanecer, que entraban en la celda de Tey a través de un estrecho ventanuco. Ella y mi hermana ya estaban despiertas y conversaban en susurros. Al ver que yo había abierto los ojos, Henti vino junto a mí y me tendió la mano.

—Vamos, Iltani. Debemos presentarnos ante la suma sacerdotisa para que ella reciba nuestro juramento.

Tey nos guio a unos baños situados en el interior del recinto del templo, en la misma zona donde se situaban las habitaciones de las internas. Se trataba de una enorme estancia con suelos de mármol en la que había varias piscinas de distintas formas y tamaños, como si fuesen pequeños estanques artificiales. El aire era cálido y húmedo y olía laurel. Había esclavas que se ocupaban de llenarlas de agua caliente que traían en enormes calderos de madera. Allí nos purificamos, las esclavas frotaron nuestros cuerpos con ásperas toallas y los ungieron con aceites y perfumes. Nos dieron vestidos nuevos, tejidos con lino blanco, y nos calzaron con sandalias de esparto. Desde allí fuimos conducidas a través de pasajes y corredores hasta el santuario de Shaushka.

Recuerdo muy bien la primera vez que vi la estatua que representaba a mi primera ama. No fui capaz de reconocer el material del que estaba hecha, a medio camino entre la piedra y el cristal. Tendría más o menos mi tamaño, es decir, el de una niña de ocho años ligeramente alta para su edad. Llevaba la cabeza tocada con un sombrero que acababa en punta y dos poderosas alas ador-

naban su espalda. Pero fue su rostro lo que más me impresionó. Tenía un gesto dulce y comprensivo, como si la diosa fuera nuestra madre y nos transmitiera todo su amor.

Sentada en un trono de piedra, junto a la imagen, aguardaba la mujer más anciana que yo había visto jamás. Tenía el rostro surcado de arrugas y su larga melena era completamente blanca, al igual que sus ojos, que carecían de pupilas y se me antojaron fríos y muertos como dos pedazos de mármol. Vestía la misma túnica blanca que nosotras, aunque, por encima, llevaba envuelta una tela color escarlata que hacía las veces de capa, como si se tratara de una reina. Aunque no habíamos pronunciado palabra alguna, debió de intuir nuestra llegada, porque levantó el brazo derecho y nos señaló con un dedo huesudo y agarrotado.

- —Habéis venido a prestar juramento eterno a Shauskha. Postraos ante mí. —Tey nos hizo un gesto para que nos arrodilláramos frente a la suma sacerdotisa. Esta se puso en pie, avanzó unos pasos tambaleantes hasta situarse justo frente a nosotras y colocó sus manos sobre nuestras cabezas—. Sabed que nuestra diosa es un ama exigente a la que deberéis consagrar cada aliento de vuestra vida. ¿Estáis dispuestas?
 - —Sí, lo estamos —respondió Henti, sin titubear.
- —Sí, lo estamos —dije también yo, apenas unos instantes más tarde.
 - —¿Juráis obediencia y lealtad eterna a Shaushka de Nínive?
 - —Sí, juramos —dijimos las dos, esta vez a un tiempo.
- —¿Os declaráis propiedad eterna de la diosa, quien podrá disponer de vosotras a su antojo?
 - —Sí, lo hacemos.
- —Yo, Enheduana de Ugarit, os consagro esclavas de Shaushka. Que ningún mortal ponga la mano sobre vosotras sin su permiso.

Las palabras aún resuenan en mi mente.

Concluida la ceremonia, Tey nos llevó a un comedor con grandes mesas y bancos de madera donde había espacio para que se reunieran todas las sacerdotisas. Allí desayunamos panecillos con miel y leche de cabra. Se nos asignó a ambas una pequeña celda en el ala del templo donde residían las esclavas más jóvenes, las llamadas novicias. Fue la misma Tey la que nos instruyó sobre cuál sería nuestra principal obligación a lo largo de los siguientes años: estudiar para familiarizarnos con los misterios sagrados de la diosa. Se esperaba que aprendiéramos a leer y escribir en varios idiomas, que supiéramos interpretar el movimiento de los astros, que comprendiéramos el espíritu de las leyes del país, que fuésemos diestras en las artes del canto y el baile y, sobre todo, que nos convirtiéramos en expertas sanadoras, capaces de reconocer los distintos males que afligen al cuerpo humano y de tratarlos con los remedios a nuestro alcance.

- —Las esclavas sagradas tenemos muchas utilidades diferentes —explicó Tey—. A menudo los poderosos recurren a nosotras para que mediemos en sus disputas. Somos depositarias de las últimas voluntades de los muertos, adivinamos el porvenir y utilizamos nuestro cuerpo para llevar a los hombres algo más cerca de lo divino. También sabemos salvar vidas, cuidar a los enfermos y aliviar a los afligidos.
- —Es mucho estudio —me quejé yo. De algún modo, había llegado a la conclusión de que ser esclava consistía solo en hacer ofrendas en el templo y cuidar de que la imagen de la diosa estuviera siempre bien atendida—. No sé si mi mente será capaz de asimilar tantos conocimientos.
- —El servicio de Shaushka de Nínive tiene diferentes grados. El más bajo es el que ocupáis vosotras, las simples esclavas sagradas. Pero hay muchos más, según el nivel de conocimiento y comprensión que alcancéis en los misterios. El grado más alto lo posee nuestra suma sacerdotisa Enheduana, que tiene rango superior al

de cualquier reina y cada año encarna a la mismísima diosa en su matrimonio sagrado con Dumuzid.

- —¿Qué hay que hacer para ascender a los grados más altos? —preguntó Henti, a quien se le había iluminado el rostro y miraba a nuestra maestra y mentora como si cada palabra suya fuese una revelación sagrada.
- —Trabajad y estudiad duro, muchachas, y encomendaos a la diosa. Ella sabe recompensar a sus esclavas más fieles.

Nuestra vida en el templo comenzó de inmediato, antes incluso de que Wassukanni regresara a la normalidad. Al principio no podíamos salir del recinto sagrado debido a los altercados que aún tenían lugar en la ciudad, pero la propia Tey supervisaba nuestra iniciación en las distintas materias. Ella nos mostró cuál era el cuidado diario que había de recibir la diosa y que cada día realizaba, por turnos, una esclava diferente. Todas las mañanas, la imagen debía ser lavada con agua de rocío y ungida con aceite de sándalo, se la vestía con ropas nuevas, cedidas por las familias más pudientes del reino, y se aseguraba que la tea que ardía junto a ella estuviera siempre prendida. Por la noche, la imagen era despojada de sus ropajes, ya que la diosa gusta de dormir desnuda, y cubierta con una tela negra para que nada perturbara su reposo. Shaushka debía ser velada durante la noche mientras se le dedicaban ensalmos y oraciones.

Fue la diosa quien me enseñó cómo una esclava ha de tratar a su amo.

No pasaron muchos días antes de que los invasores hititas abandonaran la capital. A pesar de su carácter débil y despótico, nuestro rey Tushratta fue capaz de negociar una tregua con los temibles hititas.

Pasado el sitio de la ciudad, Tey nos informó de que dos sirvientes del templo se encargarían de buscar a nuestro padre para confirmar si seguía o no con vida. Los sirvientes en cuestión eran

dos hombres enanos llamados Hemet y Tef. Debido a su corta estatura, a primera vista parecen semejantes entre sí, pero una observación más detallada revela que no pueden ser más diferentes. Hemet tiene la piel olivácea, común a la mayor parte de los habitantes de estas tierras, el pelo y los ojos negros y luce una barba poblada y oscura. Su nariz es muy prominente en relación con el resto de su cabeza y tiene forma aguileña. Tef, por el contrario, tiene la piel clara y los ojos verdes, y su barba es más bien rojiza.

Tef y Hemet apenas necesitaron dos días para confirmar que mi padre había muerto en el acto cuando un soldado hitita le rebanó el cuello con su espada. Su cadáver no pudo ser recuperado y sin duda descansa en una fosa común con el resto de las víctimas del saqueo hitita. Su cuerpo no fue preparado para la eternidad, aunque bien es cierto que en el país de Mitanni no es costumbre embalsamar a los muertos. Sí dieron con el cadáver de mi madre, aunque no nos permitieron verlo, imagino que debido a su estado de descomposición tras varios días a la intemperie. Fue enterrada a las afueras del recinto del templo, aunque, de acuerdo con las creencias de su pueblo, su cuerpo tampoco fue preservado para resucitar en el más allá.

Muchas veces te he rezado, oh, Atón, para suplicarte que tengas en cuenta estas circunstancias y permitas a mis padres unirse a las almas de los bienaventurados. Hoy te lo imploro una vez más. Si en algo te fueron gratos los esfuerzos de tu hija Nefertiti y encontraste placer en los templos y sacrificios que ella consagró a tu nombre, recibe a nuestros difuntos padres en el País de Occidente.

Durante los años siguientes, mi hermana y yo nos volcamos en nuestros estudios, cada cual a nuestra manera. Mi materia favorita era el arte de la curación, que nos enseñaba nuestra maestra y mentora Tey. Me entregué a su aprendizaje con el entusiasmo que solo un corazón joven es capaz de albergar, abandonando quizá en

demasía el resto de las disciplinas. El canto y la danza suponían un reto especial para mí, ya que mi cuerpo era más rígido y mis movimientos menos armónicos que los de las demás esclavas de Shaushka. Conservé, sin embargo, mi delgadez de niña, lo cual al menos me ayudaba a disimular mi torpeza.

Henti se esforzó por destacar en todo. Pronto se convirtió en una hábil escriba tanto en hurrita como en lengua egipcia; era capaz de recitar de memoria el código de Hammurabi, así como otras leyes relevantes de nuestro país y de los imperios vecinos y también logró aprender a cantar y bailar con una sensualidad que le era grata a nuestra diosa y dueña. Mostró una fascinación que yo no hubiera esperado por los misterios de Shaushka y por la religión en general, hasta el punto de que iba más allá de nuestras obligaciones y buscaba cualquier ocasión para hablar con sacerdotes v sacerdotisas de otros dioses e incluso con servidores de divinidades extranjeras si acaso venían a la ciudad. Por su boca supe que Shaushka de Nínive recibe muchos nombres, siendo el más conocido el de Ishtar, y que en distintas épocas y lugares sus esclavas han tenido obligaciones diferentes. A veces, por la noche, cuando cada una estaba acostada en su esterilla, solía contarme detalles escabrosos sobre el culto a Shaushka en otras ciudades.

- —En Babilonia, las mujeres tienen que ofrecer sus cuerpos en el templo a cambio de una pieza de oro si quieren convertirse en esclavas de la diosa —me dijo una noche.
 - —¿Qué quieres decir? ¿Qué es eso de ofrecer el cuerpo?
 - —Yacer con un hombre, Iltani.
 - —¿Yacer? ¿Igual que yacemos nosotras ahora?
- —¡No! Los hombres y las mujeres yacen juntos para divertirse. En otras ciudades, las sacerdotisas consuelan regularmente a los hombres solitarios como forma de conseguir ingresos para el templo.
 - —Hermana, no entiendo nada de lo que me dices.

—Ya lo comprenderás cuando pasen unos años.

Aquellas conversaciones tenían la virtud de dejarme insomne. Me quedaba despierta durante horas preguntándome qué harían los hombres y mujeres en sus esterillas para divertirse y a menudo le pedía a Henti que me lo explicara, pero ella rehusaba darme los detalles.

Llevábamos ya tres o cuatro años en el templo cuando asistimos por primera vez a las bodas sagradas de Shaushka de Nínive. El punto álgido de la celebración tenía lugar cuando nuestra suma sacerdotisa consumaba el matrimonio ritual con el rey Tushratta, que encarnaba al dios pastor Dumuzid.

—Eso es lo que hacen los hombres y las mujeres para divertirse —me susurró mi hermana.

Lo que vi tampoco aclaró mis ideas al respecto, sino que me sumió aún más en la confusión, aunque reconozco que el acto que había presenciado me repugnaba y me atraía a partes iguales, provocándome miedo y excitación en idéntica medida.

Fue durante mis años de novicia cuando aprendí lo que significa ser mujer o, al menos, lo que esto representa para mí. A mi hermana Henti le llegó la pubertad, le crecieron los pechos, su cadera se ensanchó y su cuerpo se llenó de curvas sugerentes. Yo, en cambio, permanecía delgada como un palo, se me notaban las costillas y mi pecho continuaba igual de plano que siempre. Gracias a mis clases de anatomía comenzaba a comprender cómo funciona el cuerpo humano, de modo que empecé a albergar el temor de que, de pronto, mi cuerpo y mi rostro se llenaran de vello y la voz se me volviera ronca y grave como la de un soldado.

—Existe un procedimiento para evitar que tu cuerpo se desarrolle como el de un varón —me explicó Tey un día, en el transcurso de una de nuestras clases—. Se llama castración y consiste en retirarte los testículos.

- —; Duele?
- —Mucho, y los que se someten a él a menudo mueren pocos días después. Pero, si sobrevives, conservarás la voz que tienes ahora y no te aparecerá vello en el cuerpo. Incluso es posible que desarrolles ciertas formas femeninas.

La oferta me resultó tentadora, ya que suponía desprenderme de la parte que más odiaba de mi cuerpo y me ayudaría, quizá, a ser algo más parecida a mi hermana. El dolor y la posibilidad de morir, no obstante, me producían pánico.

- —¿Tú qué harías en mi lugar?
- —La decisión es solo tuya. Shaushka no exige en ningún caso que las sacerdotisas *gala* os sometáis al cuchillo y acepta vuestros cuerpos tal y como han sido creados si así lo deseáis.
 - —Quizá... quizá preferiría no pasar por ese trance.
- —Creo que es una decisión sensata. El riesgo de la operación es demasiado alto y, además, hay otras formas de mantener a raya las señas distintivas de la masculinidad. Yo te iniciaré en ellas y te ayudaré durante el proceso.

Gracias a tu divina misericordia, oh, Atón, ayudada quizá por los diversos remedios que Tey me suministró para controlar mi pubertad, el temido cambio físico nunca llegó a producirse: no he dejado de ser lampiña, no me brota pelo alguno en el rostro, siempre he sido delgada y mi voz continúa siendo tan suave como cuando era niña. Con todo, durante años viví con el temor de mirarme un día al espejo y descubrirme con barba.

Tampoco desarrollé las curvas que tanto admiraba en mi hermana. Frente al suyo, mi cuerpo me parecía horrendo, casi monstruoso. Recé y recé pidiéndole a Shaushka que me transformara en ella, que me diera aunque fuese un fragmento de lo que ella tenía sin esfuerzo alguno y parecía ni siquiera valorar, pero jamás escuchó mis plegarias.

Así pasaron los años.

Henti y yo éramos ya adolescentes, habiendo alcanzado la edad en que ambas éramos consideradas núbiles. La primera luna llena del mes de *liliyatum* se celebraba la fiesta de las bodas sagradas entre Shaushka y el pastor Dumuzid que tanta confusión me había despertado en mi infancia.

El día anterior a la gran fiesta, yo había salido al mercado con Tef y Hemet para comprar flores con las que adornar el altar de Shaushka. Al igual que todos los años, el ambiente en toda la ciudad era festivo. Además de los comerciantes habituales, en su mayoría granjeros y pastores, habían acudido mercaderes de lugares lejanos que vendían telas de vivos colores, especias, perfumes y animales exóticos. También había puestos de comida y bebida, músicos y bailarinas. Mis acompañantes me convencieron y paramos en uno de los puestos para comer y beber algo. Yo pedí unos pasteles de miel y un zumo de granada, pero Tef se burló de mí.

—Señora, ya no eres ninguna niña. Toma una cerveza con nosotros.

Desde que lo conocí sentía debilidad por sus ojos verdes y no deseaba que me viera como una jovencita rígida y mojigata, incapaz de relajarse ni por un instante, de modo que acepté tomar una jarra de cerveza con ellos. Nunca antes había probado el alcohol por lo que, al segundo trago, la alegría se me subió a la cabeza y mis pies parecieron flotar sobre el suelo. Era una sensación agradable, así que terminé la jarra y, aunque me resistí, acabé por consentir en pedir otra. Me notaba tan liviana que, cuando los músicos interpretaron una melodía que me resultaba familiar, me atreví a bailar unos pasos mientras ellos me aplaudían y jaleaban.

Era la primera vez que me divertía de esa forma. La cerveza me había dado valor y los cumplidos de mis guardianes me habían elevado el orgullo de tal modo que me sentía hermosa, ágil y sensual. Recuerdo sentir la música dentro de mí, la sensación de que mis pies se movían solos. Hasta intercambié algunos giros y vueltas con desconocidos.

El sol acababa de ponerse, pero, aun así, Tef pidió una tercera jarra para mí. Sabía que no debía aceptarla, pero la alegría del festival de la diosa corría por mis venas y los ojos verdes de mi amigo se me antojaban cada vez más hermosos. Pensé que una última jarra no me haría daño y quizá entonces me atreviera a pedirle que me diera un beso, aunque fuera en la mejilla, para comprobar si su barba me hacía cosquillas o no. Entonces un hombre alto y corpulento, con el pecho cubierto de pelo, me agarró por las caderas, se pegó a mi espalda y comenzó a frotarse contra mí en lo que, imagino, pretendía ser un intento de danza.

Al principio me incomodó, pero la cerveza era más fuerte que el sentido común y comencé a bailar al mismo ritmo que él. Posó las manos sobre mi cintura y, a mi pesar, comencé a notarme excitada. Alcancé a mirar de reojo a Tef y vi que me guiñaba un ojo, animándome, de modo que decidí seguir adelante. Me di la vuelta para ponerme frente al desconocido y apreté mi cuerpo contra el suyo.

- —Bailas muy bien, preciosa —me dijo. Su voz era pastosa y su aliento bastante fuerte, pero en aquel momento no me importó. Continuamos bailando cada vez más juntos, nuestras caderas fundidas en una sola, cuando de pronto una expresión de extrañeza le cruzó el rostro. Dio un paso atrás, bajó la mano y me estrujó el miembro—. ¿ Puede saberse qué demonios es esto?
- —Yo... yo... —intenté decir algo, lo que fuera, pero las palabras no acudían a mi garganta.
- —Fuera de aquí, invertido, antes de que te dé una paliza. ¡Vamos!

El hombre me empujó, yo trastabillé y estuve a punto de caer al suelo. Una oleada de vergüenza me embargó. Toda la diversión que había sentido hasta ese instante se vio sustituida por miedo y ansiedad unidos a una intensa sensación de rechazo, como si aquel desconocido hubiese sido en realidad el gran amor de mi vida. Recuperé el equilibrio, me di la vuelta y eché a correr.

Tef y Hemet me siguieron, pidiéndome a voces que me detuviera, pero yo no les hice caso hasta que Tef me alcanzó, me agarró por un hombro y me abrazó. En aquella época yo le sacaba una cabeza de estatura y aún crecí algo más antes de hacerme adulta por completo, pero eso nunca me ha impedido sentirme segura y protegida entre sus brazos, algo que no me ha ocurrido con ningún otro hombre. Sintiéndome estúpida y quizá algo culpable por no haber sabido resolver mejor la situación, me eché a llorar con la cabeza escondida entre su cuello.

- —Vámonos a casa, por favor —supliqué, entre sollozos.
- —Ni hablar —dijo Hemet—. Vamos a volver ahí, Tef y yo le daremos su merecido a ese bastardo y después nos tomaremos esa jarra de cerveza. Nos la hemos ganado.

Supongo que la imagen de mis dos pequeños guardianes luchando con aquel hombre alto y barbudo podrá resultarle cómica a muchas personas, pero yo no dudé ni por un instante de que hubieran podido con él. Sin embargo, no tenía ganas, ni de venganza ni de cerveza. Solo quería esconderme bajo las sábanas y desaparecer.

Solté a Tef y eché a andar de vuelta al templo, tratando de calmarme. Achaqué lo ocurrido a la cerveza y juré no volver a beber ni a permitir que hombre alguno se acercara a mí con sensualidad. Mientras caminaba, las lágrimas caían por mis mejillas y un dolor sordo me presionaba el pecho. Ya habíamos andado más de medio camino cuando me di cuenta de que, en algún momento, había perdido las flores. Comencé a sollozar y esta vez ni Tef ni Hemet, que caminaban cabizbajos detrás de mí, se atrevieron a venir a consolarme.

Estaba a punto de atravesar las puertas del templo cuando una joven con el rostro cubierto por un velo apareció entre las sombras. Solo dejaba entrever unos enormes ojos verdes perfilados con un fino toque de kohl.

—¿Eres una de las esclavas sagradas de Shaushka de Nínive? —me preguntó. Yo me sequé las lágrimas con disimulo y traté de recuperar la compostura antes de contestar a mi vez con otra pregunta.

- —¿Quién quiere saberlo?
- —Por favor, apiádate de mí y respóndeme. He venido a pedir refugio a la diosa.

A pesar de la agitación y del desasosiego que arrastraba desde la taberna, el recuerdo de mi propia llegada al refugio sagrado acudió vivo a mi memoria. Suavicé el gesto con una sonrisa, me acerqué a la muchacha, que debía de tener poco más o menos la misma edad que yo, y le tendí la mano.

Pude ver que Hemet y Tef mantenían una distancia prudencial, atentos por si hubiesen de intervenir.

- —Sí, soy esclava de la diosa. Mi nombre es Iltani. ¿Por qué deseas pedir refugio?
- —Mi padre quiere enviarme lejos para casarme con un hombre viejo y enfermo.

Quizá debido a lo que acababa de vivir, la historia de la joven me conmovió. Imaginé al mismo hombre que me había rechazado hacía tan solo unos minutos, pero viejo y enfermo, poniendo sus manos sobre aquel cuerpo puro y hermoso, y sentí asco. El relato, además, no me era desconocido. Había varias esclavas en el templo que habían abrazado a la diosa precisamente para huir de esponsales no deseados que habían sido concertados por sus familias. En Mitanni, Shaushka es la única autoridad que puede situarse por encima del padre de una joven en materia de matrimonios. El Egipto que yo he vivido no es muy diferente, por mucho que mi hermana intentara traer nuevas costumbres.

—Intentaré ayudarte. Ven, busquemos a mi hermana, ella sabrá qué hacer. ¿Cómo te llamas?

La joven se descubrió el rostro antes de responder.

—Soy la princesa Tadukhipa, la hija menor del rey.